

JOSÉ RAMÓN FERNÁNDEZ

BABILONIA

Babilonia nace de la posibilidad de trabajar con una actriz a la que me unen muchos años de amistad, Paloma Mozo, que me propuso la idea y tejió los lazos para que la obra tuviera un reflejo en el escenario: desde el apoyo de la Casa Sefarad a la producción de Escena T que tuvo como consecuencia el estreno de la obra en la Sala Triángulo de Madrid el 28 de julio de 2010, protagonizada por la propia Paloma Mozo y Almudena Ramos, con escenografía de Mónica Borromello, vestuario de Yaiza Pinillos y dirección de Fernando Soto.

La obra ha sido también traducida al francés por André Delmas; con esa traducción se ofreció en lectura dramatizada en París en el Théâtre de Rond-Point, con dirección de Susana Lastreto, en noviembre de 2011; también se ofreció una puesta en espacio en el Théâtre Toujours à l'Horizon de La Rochelle, Francia, dirigida por Claudie Catherine Landy, 15 de septiembre de 2012.

En 2014 ha sido publicada la traducción al serbio realizada por Branislav Djorjevic.

BABILONIA

Que esta espantosa aventura de los humanos que llegan, ríen, se mueven, y luego de repente ya no se mueven, que esta catástrofe que les espera no les haga más cariñosos y compasivos los unos con los otros, resulta increíble. Pero no, por favor, miren como se odian los unos a los otros, y en todas las ciudades y en todos los pueblos cada hombre tiene un enemigo que quiere hundirle, y cada hombre es un Abel y también un Caín. Miren como se matan unos a otros con sus guerras, como se matan profusamente a pesar de su ley de amor al prójimo, ley que por otra parte es de mi raza, inscrita en relieve en el levítico, capítulo 19, versículo dieciocho, mírenlos a esos simios astutos, mírenlos desde hace siglos, sucesivamente con sus lanzas, sus picas, sus alabardas, sus ballestas, sus venablos, sus frámeas, sus mazos, sus martillos, sus nobles espadas, los muy cerdos, sus arcabuces, sus mosquetes, sus fusiles, sus bayonetas taladradoras de vientres, sus cañones, sus ametralladoras, amadas por su odiosa progenie inútilmente atiborrada de vitaminas, sus torpedos, sus bombas de bolas, sus bombas de napalm, sus gases enervantes, sus queridas bombas termonucleares, sus veneradas bombas supersucias de cobalto, sus submarinos nucleares que proyectan ingenios de cabeza múltiple, sus cohetes intercontinentales con cargas megatrónicas, sus misiles tierra-tierra y tierra-aire y mar-sol y pronto luna-tierra, y delicia y orgullo, sus misiles antimisiles con cabeza buscadora. Tal es su vía, tal es su locura.

Albert Cohen: *Oh, vosotros hermanos humanos.*

ASEL: Poco importan nuestros casos particulares. Ya te acordarás del tuyo, pero eso es lo de menos. Vivimos en un mundo civilizado al que le sigue pareciendo el más embriagador deporte la viejísima práctica de las matanzas. Te degüellan por combatir la injusticia establecida, por pertenecer a una raza detestada; acaban contigo por hambre si eres prisionero de guerra, o te fusilan por supuestos intentos de sublevación; te condenan tribunales secretos por el delito de resistir en tu propia nación invadida... Te ahorcan porque no sonríes a quien ordena sonrisas, o porque tu Dios no es el suyo, o porque tu ateísmo no es el suyo... A lo largo del tiempo, ríos de sangre. Millones de hombres y mujeres...

TOMÁS: ¿Mujeres?

ASEL: Y niños... Los niños también pagan. Los hemos quemado ahogando sus lágrimas, sus horrorizadas llamadas a sus madres, durante cuarenta siglos. Ayer los devoraba el dios Moloch en el brasero de su vientre; hoy los corroe el napalm. Y los supervivientes tampoco pueden felicitarse: niños cojos, mancos, ciegos... A eso les hemos destinado sus padres... (*Corto silencio*) ¿Habré de recordarte dónde estamos y con cuál de estas matanzas nos enfrentamos nosotros? No. Tú lo recordarás.

TOMÁS: (*Sombrío.*) Ya lo recuerdo.

ASEL: Entonces, ya lo sabes... (*Baja la voz.*) Esta vez nos ha tocado ser víctimas, mi pobre Tomás. Pero te voy a decir algo... Lo prefiero. Si salvase la vida, tal vez un día me tocase el papel de verdugo.

TOMÁS: Entonces, ¿ya no quieres vivir?

ASEL: ¡Debemos vivir! Para terminar con todas las atrocidades y todos los atropellos. ¡Con todos! Pero... en tantos años terribles he visto lo difícil que es. Es la lucha peor: la lucha contra uno mismo. Combatientes juramentados a ejercer una violencia sin crueldad... e incapaces de separarlas, porque el enemigo tampoco las separa. Por eso a veces me posee una extraña calma. Casi una alegría. La de terminar como víctima. Y es que estoy fatigado.

(Antonio Buero Vallejo. *La Fundación.*)

Prólogo. Las actrices, al público.

Hemos viajado muy lejos en el tiempo para decir que todas las guerras son la misma guerra.

Hemos aprovechado un error del griego Heródoto, que confundió el nombre del rey Nabucodonosor. El nombre del rey, en persa, se decía Nabukudrakara. El griego Heródoto creyó que era un nombre de mujer y escribió en su libro de Historia que en Babilonia reinó una mujer llamada Nitocris. Nuestra historia será la historia de una reina y de su esclava.

Hemos confundido al rey Nabuco de Babilonia con su sucesor, el rey Baltasar, que reinó cincuenta años más tarde. Hemos usado la historia de la cena del Rey Baltasar, como la cuenta el libro sagrado de Daniel. Daniel llegó a Babilonia desde Judea, como la esclava de nuestra historia. La esclava de nuestra historia vuelve a su tierra de Jerusalén como lo cuenta el libro sagrado de Esdras.

Hemos rescatado el nombre de la reina Amyitis, la hija del rey de los medos, que fue la esposa del rey Nabuco de Babilonia. Amyitis añoraba con tristeza sus montañas. Por eso, el rey Nabuco hizo construir los jardines de Babilonia, para ver la sonrisa en los ojos de la reina Amyitis.

Esta guerra es la guerra de Ciro el Grande. Esta guerra pasó antes de Jerjes, antes de Darío, antes de Pericles, antes de Alejandro. Esa guerra pasó hace mucho tiempo en lugares que ahora se llaman Afganistán, Azerbaijón, Armenia, Georgia, Irán, Irak, Siria, Líbano, Israel, Turquía, Grecia...

Esta guerra es como todas las guerras. Por eso, lo que ven los ojos de la reina y la esclava se parece a lo que vieron los ojos de un español en 1810. Por eso se parece a lo que veis vosotros en las fotografías y en las noticias que os cuentan a la hora de comer.

Algunas de esas fotografías nos han enseñado a creer en la vida en medio del mal.

Esta historia es un tributo de respeto a los que saben combatir contra la guerra viviendo y haciendo que la tierra dé fruto.

Escena 1. Alitza recita la bella historia de la niña rescatada por la reina buena.

ALITZA - “La reina Amyitis, la más bella, fue reina en Babilonia y fue mujer con su primera sangre. Después de la boda, el rey y la reina quisieron conocer todo su reino y siguieron el camino del sol. Cuando llegaron a Judea, los soldados del rey castigaron a sus enemigos, que obedecían al malvado rey vasallo Sedequías porque estaban ciegos y no conocían la bondad, y por eso habían quemado pueblos y habían matado a gente. El rey y la reina llegaron a una aldea que habían quemado los enemigos. La reina quiso detenerse; y sus pisadas hicieron bendita aquella aldea. Una niña lloraba porque había perdido a sus padres. La reina besó su frente y la llevó a su palacio.”

Escena 2. En el jardín del Palacio de Babilonia. Se oye, a lo lejos, el rumor de la destrucción. ¿Disparos? La reina encuentra a Alitza. Todos se han ido.

La reina camina, busca. Ve a Alitza.

LA REINA - Tú. Ve a buscar a alguien de la Guardia.

ALITZA no se mueve. Está muy asustada.

LA REINA - ¿Qué pasa? ¿Por qué no te mueves? Habla.

ALITZA - Se han ido todos, señora. La guardia y los criados. Sólo quedamos usted y yo. Su majestad y yo. Perdone.

LA REINA - Y tú quién eres.

ALITZA - Me llamo Alitza. Corto las hierbas para la ropa de la reina.

LA REINA - ¿Para mi ropa?

ALITZA - Para las sábanas. Para guardar las sábanas limpias. Romero, espliego y tomillo. Para la reina.

LA REINA - ¿Sólo haces eso?

ALITZA - También sirvo a las esclavas que entran en la casa de la reina; a las mujeres que lavan a su majestad. Las que se han ido.

LA REINA - Necesito lavarme. Llámalas.

ALITZA - Se han ido.

LA REINA - A dónde.

ALITZA - No lo sé. No queda nadie. Estamos solas. (Silencio.) Hay unos soldados en la puerta del palacio. Pero no son de aquí. Si quiere, les pregunto.

LA REINA - No. No te separes de mí.

ALITZA - Lo que mande su majestad.

LA REINA - ¿Sabes lo que va a pasar ahora?

ALITZA - No.

LA REINA - Van a venir a matarme.

(Silencio.)

ALITZA - Yo no sé luchar. No voy a poder defenderla.

LA REINA - Lo sé. ¿Quieres irte?

ALITZA - No.

LA REINA - Si te quedas, te matarán a ti también.

ALITZA - No tengo a dónde ir. Nunca he estado fuera.

(Silencio.)

LA REINA - Yo te conozco. Eres la niña de Judea.

ALITZA - Sí. Las mujeres que lavan a su majestad me llaman así. La niña de Judea. Nunca dicen mi nombre. Mi nombre sólo lo decía una mujer muy vieja, que era de mi pueblo. Ella me enseñó a cortar las hierbas para la ropa de la reina. Ellas dicen que mi nombre es muy difícil. Que no se puede pronunciar.

LA REINA - ¿Cómo es ese nombre tan difícil?

ALITZA - Alitza.

LA REINA - Dilo otra vez.

ALITZA - Alitza.

LA REINA - No sabía que vivías en el palacio. Yo te recogí. Yo te salvé de la muerte.

ALITZA - Lo sé. Me lo contaba la mujer vieja de mi pueblo. Me hizo aprenderlo de memoria. Luego me pegó muy fuerte, para que no lo olvidara nunca. Después no me volvió a pegar. Lo sé de memoria: "La reina Amyitis, la más bella, fue reina de Babilonia y fue mujer con su primera sangre..."

LA REINA - Calla.

ALITZA - Decían que el sabio Daniel dijo lo que iba a pasar.

LA REINA - Calla.

ALITZA - Decían que habló con el rey y que esa noche mataron al rey y a mucha gente.

LA REINA - Calla. Vienen. *(Abraza a la niña.)*

Escena 3. La Reina Amytis habla ante el consejo.

LA REINA - Ni yo ni muchos de vosotros habíamos ni siquiera nacido cuando terminó aquella guerra. Tú eras un niño. Tú eres el único que puede tener recuerdos de aquel tiempo. La guerra. Hace tanto tiempo, que los que la ganaron han muerto ya de viejos. Alguien dijo, entonces, “la guerra ha terminado”. Pero la guerra, claro, continuó. Las guerras no terminan mientras los vencidos sean esclavos. Las guerras no terminan mientras otro desee el suelo que pisa nuestro pueblo. Las guerras no terminan. Sólo duermen. Esperan el momento de volver. Sabéis que ese momento está llegando. Sabéis que los pueblos sometidos son eso, sometidos; ni hermanos ni amigos. Sabéis que en someterlos hemos gastado buena parte de nuestra fuerza y que pocas veces hemos sembrado algo más que odio. Sabéis que la amenaza es lo que araña vuestro descanso en cada hora de la noche. Miramos hacia el oriente, no para saludar la llegada del sol, sino temiendo ver el polvo de los pies de miles de soldados persas. Ciro está preparando un ejército fabuloso. Y tiene otro ejército de sombras entre aquellos que han sido nuestros esclavos, entre aquellos que han esperado desde la última guerra para vengar su humillación. Aquí tenéis el testimonio de nuestros espías. Están seguros de que los persas pasarán por encima de nuestra muerte y que cruzarán el mar y llegarán a la tierra de los griegos. Dicen que no hay un ejército en el mundo como el que han formado los persas. Dicen que nunca hubo sobre la tierra un ejército tan poderoso. Nosotros, ahora, sabemos lo que creen y lo que desean. ¿Qué debemos hacer?

Podría entrar en mi habitación y decidir yo sola la suerte de Babilonia. Nunca he vivido una guerra. He derramado todas las lágrimas que quedaban en mis ojos, las que no acompañaron la muerte de mi rey, mientras pensaba qué debía hacer. Los hijos de esta tierra no confiarán en mí si mi decisión es entregar Babilonia a los persas. Todos saben que esta no es mi tierra, que no nací aquí, que fui traída como un tributo a la grandeza del glorioso Nabuco. Que soy una extranjera. ¿Quién confiaría en mis intenciones si ofrezco un pacto a nuestros enemigos? Sólo obedecerán a su reina si su reina los envía a la guerra. Pero, si lo que dicen nuestros espías es verdad, resistir a los persas sólo nos conduce a la muerte.

Necesito vuestras voces porque no quiero enviar a la muerte a mis hijos sin haberos escuchado. Porque antes que mis hijos son vuestros hermanos. Me corresponde decidir, pero debo pensar lo que el rey, mi marido, habría ordenado. Lo que su padre, vuestro rey, habría ordenado. Los espías no sólo me dicen lo que viene de oriente. También saben lo que susurra el sueño en las casas de Babilonia. En las casas de muchos de vuestros hermanos. También en algunas de las vuestras, claro. Es mi deber espiarlos. Vosotros también lo haríais. Tal vez lo hacéis. (Silencio.) Lo que pensáis no vale nada si no os atrevéis a decirlo. ¿Hemos de salvar a nuestro pueblo a cambio de convertirlo en esclavo? ¿Hemos de luchar? Ahí tenéis todo lo que yo sé. Eso es todo lo que me han dicho mis espías. Esas palabras dicen derrota. ¿Debemos añadir a la derrota la humillación y la vergüenza? ¿Es mejor que vivan con vergüenza o que sean los dueños de su propia muerte? No quiero decidir sin escucharos.

Escena 4. A lo lejos, el resplandor del fuego. La reina espera. Llega Alitza, llorando.

LA REINA - ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

ALITZA - Me da mucha pena por las casas. Nunca había visto las casas. Las mujeres hablaban de las casas, de las flores en las ventanas, de la orilla del río y del mercado. Ahora todo es humo negro. Nunca lo había visto y ahora es todo humo negro.

LA REINA - ¿Nunca lo habías visto?

ALITZA - Nunca había salido del huerto del palacio de la reina. Ahora ya no existen. Sólo he encontrado esto. (Pausa.) Está sucio, pero se puede comer. Sólo es barro. (Lo limpia con su ropa.)

LA REINA - ¿Has visto a nuestros soldados?

ALITZA - No. No había nadie. Ni soldados ni personas. (Pausa.) Sólo había algunas personas muertas en medio de la calle. (Pausa.) No he podido hablar con nadie.

(La reina espera.)

LA REINA - ¿Sólo has traído comida?

ALITZA - No he podido traer más que esto.

LA REINA - Debías traer platos.

ALITZA - ¿Quiere que vuelva?

LA REINA - No. Quiero comer ahora.

La reina espera. Alitza no sabe lo que espera la reina. Finalmente, lo imagina. Pone un trozo de tela en el suelo. Parte una fruta y la dispone frente a ella. La reina come. Alitza espera en silencio. La reina termina.

LA REINA - Puedes comer.

Alitza come un trozo que queda.

LA REINA - Así no. Ponte de espaldas a mí. No puedes comer mirando a la Reina.

Alitza lo hace.

LA REINA - ¿También han quemado el palacio?

ALITZA - Han quemado todo.

LA REINA - ¿Nunca habías estado en la ciudad?

ALITZA - No.

LA REINA - ¿Has terminado?

ALITZA - Sí.

LA REINA - Ven. (La reina toma la tela que les ha servido de mantel y venda los ojos de Alitza.) Si has ido desde aquí, habrás entrado por la puerta de Ishtar.

ALITZA - Sí. Eso sí. Es muy grande, de bronce. Es maravillosa.

LA REINA - Habrás seguido caminado por una calzada larga y recta.

ALITZA - Sí.

LA REINA - A los lados de esa calzada están las casas de algunas familias nobles y de algunos de nuestros mejores soldados.

ALITZA - No queda nada.

LA REINA - Calla. Son casas bellas, de dos y hasta de tres plantas. Hay flores en sus ventanas y junto a sus puertas. Siempre hay mucha gente, que saluda cuando pasamos. Son felices. Si pasamos al caer la tarde, todo parece de oro. Babilonia es muy grande, parece que nunca termina: mide cerca de quinientos estadios.

ALITZA - ¿Eso es mucho?

LA REINA - Eso es más de lo que pueden ver tus ojos en un día claro. Mucho más. Eso es un viaje de un día caminando sin parar, desde que el sol sale hasta que el sol duerme. El final de Babilonia besa el horizonte. Primero la rodea un foso profundo y ancho, lleno de agua, y luego un muro que tiene una anchura de cincuenta codos reales y una altura de doscientos.

ALITZA - ¿Eso es mucho?

LA REINA - Esto es un codo real (toma su brazo y deja que palpe la medida del antebrazo de la reina, del codo al final de la mano abierta.) Una pared que es cincuenta veces esto, para que pueda pasar una cuadriga, y tan alta como doscientas veces esto.

ALITZA - Eso es una montaña.

LA REINA – Una montaña hecha por los hombres de Babilonia. Sacaron la arena para hacer el foso, con esa arena hicieron barro, con ese barro hicieron ladrillos, con esos ladrillos y la pasta negra que sale de la tierra hicieron el muro de la ciudad más bella que nunca haya existido, la ciudad que el sol hace de oro, cuando besa sus murallas cada tarde; la ciudad que mece el río Eufrates, que entra en ella y la divide en dos. En el centro de una de las dos mitades está nuestra casa, el palacio donde vivimos, el gran palacio de los reyes de Babilonia. En el centro de la otra mitad, está el santuario de

puertas de bronce, el Santuario de Bel-Marduk, señor de la creación y del destino. ¿Lo ves?

ALITZA - Sí. Es muy bonito.

LA REINA - Tienes que volver allí. Tienes que entrar en el palacio y traer mi sello y alguna arma, y comida y platos. No teníamos que habernos marchado con las manos vacías. En mi estancia hay una caja. Toma esta llave. Trae lo que hay dentro.

ALITZA – ¿Ahora?

LA REINA - Antes del alba. Tiene que ser antes del alba.

Escena 5. La reina Amytys habla a sus generales.

LA REINA - Nos escondieron su grandeza. Los espías nos dijeron que era un ejército grandioso, pero esto no se podía siquiera imaginar. Aún ahora, con la evidencia de todos vuestros informes, es difícil de creer. Nunca hubo en el mundo un ejército así. No podemos vencer, es imposible.

Seguro que alguno de vosotros ya ha pensado en un número. Lo ha calculado, gracias a la experiencia. Seguro que alguno de vosotros sabe lo que cuesta no rendirse. Seguro que alguno de vosotros podría decir que el primer día de la guerra morirán cien soldados, mil soldados, diez mil. Será un número. No serán muchachos que cantan cuando llega la noche y vuelven a su casa. Me dirá un número y dirá que es inevitable. Y yo no sabré imaginar las caras muertas de esos soldados. Yo he pensado en la rendición. (Silencio. La reina no recibe respuesta.) Bien. Sé que lo que acabo de decir me convierte casi en enemiga, Me convierte en la persona que no merece la confianza de los que van a luchar. Espero que comprendáis. No logro imaginar que no haya ningún modo de evitar la muerte de esos muchachos, de esos mil o diez mil soldados que no conozco. Sé lo que me habéis dicho. Que Ciro no va a aceptar nuestra rendición. Que eso sólo hará que le sea más fácil matarnos. Sea así. Lucharemos.

Vamos a hacer lo que podemos hacer. Podemos resistir; que la gente deje sus casas y que no encuentren más que fuego y cenizas. Sólo deben quedar los soldados. Nosotros nos quedaremos con ellos. Nuestra resistencia los hará héroes. Sólo puedo confiar en vuestro valor para acompañarme en esta hora. Cuando la resistencia ya no sea posible, saldremos con nuestros últimos soldados hacia el oeste. Nuestra patria es demasiado grande, incluso para este ejército. Esperaremos a Ciro en otros lugares. Tendrá que dejar parte de este ejército en su retaguardia. Cuando avance con menos soldados será posible vencerle. Su grandeza es nuestra única posibilidad de victoria. Conquistará Babilonia y querrá conquistar a los griegos y después querrá ir más allá. Es tan poderoso que no puede conocer sus límites. Nuestra victoria será posible gracias a su soberbia. Un día, no hoy, un día será derrotado, y esa derrota será la primera de muchas. Hoy sólo podemos esperar esa derrota. Esperaremos con la paciencia de los muertos, porque esa derrota pasará cuando muchos de nosotros ya no pisemos la tierra. Pero esperaremos y venceremos. Ahora, debo hablar a nuestros soldados.

(Amytys se dirige a su ejército.)

Estoy delante de los mejores soldados del mundo. Estoy delante de los que pueden nombrarse como los hermanos de mi marido. Como la propia sangre del Rey Nabuco. Estoy delante de los únicos soldados que no temen ni temerán nunca a los persas. Esos mismos persas que en otro tiempo fueron nuestros aliados. Todos sabéis que no nací entre vosotros. Todos lo sabéis. Los medos rindieron su poder al poder de Babilonia y firmaron esa alianza con mi carne. También sabéis que desde que fui mujer he sido vuestra reina. Si mi corazón no me dijera a cada paso que toda mi sangre es para Babilonia, arrancaría ese corazón de mi pecho y se lo daría a los perros. Si mi corazón me dijera “ten piedad del rey de los persas, porque fue tu amigo”, me clavaría un puñal ardiendo para que se quemase mientras dejaba de latir. Si digo Ciro ya sólo digo enemigo de los míos. Vuestro enemigo. Se hace llamar el Grande. El que se dijo nuestro amigo, nuestro buen vecino, es un traidor. En eso es grande. Ha creído que puede entrar en nuestro reino. Ha olvidado quienes sois. Ha olvidado el poder de los guerreros de Babilonia. Los guerreros leones. Los invencibles. ¿Qué vais a hacer con Ciro? ¿Le vais

a llamar el Grande? ¿Le vais a permitir que entre en vuestra casa, que duerma con vuestra mujer, que pise el suelo de vuestros muertos? ¿Qué merece este vecino traidor? ¿Y qué estáis esperando para dárselo?

Escena 6. La reina espera. Alitza llega caminando despacio. Se sienta en el suelo y empieza a hundir su mano en la arena, una y otra vez. No hay expresión en su cara.

LA REINA - ¿Por qué has tardado tanto?

ALITZA - Había un muchacho. Un soldado. Me pidió que me quedara con él.

LA REINA - ¿Un soldado?

ALITZA - Sí. Estaba herido. Tenía una herida en el vientre. Tenía el vientre rajado y le salía mucha sangre. Sujetaba las cosas de dentro con sus manos. Las tenía entre sus manos. Me dijo que tenía miedo. Que me quedase con él hasta que le llegase la muerte. Me dijo que no tendría que esperar mucho y que me parecía a una criada de su casa. Me dijo que tenía miedo de no estar muerto del todo cuando le cortasen las manos. Los persas cortan las manos de sus enemigos. Les dan un premio por cada mano cortada. Es la manera que tienen de contar a los enemigos muertos. *(Se dirige al soldado, como si lo tuviera delante.)* Tranquilo. Estoy aquí. *(Pausa.)* Estoy aquí. *(Pausa)* No sé qué puedo decirte. *(Pausa.)* No sé cantar. *(Pausa. Intenta cantar. Se arrodilla. Tiene mucho miedo. Parece que va a tocar el cuerpo.)* Si la tapo saldrá menos sangre. *(Pausa.)* Está bien. *(Pausa.)* Tienes razón. *(Pausa.)* Sale mucha sangre. *(Pausa.)* Alitza. Me llamo Alitza. No, no soy de aquí. *(Pausa.)* No. ¿Quién es Sealtiel? *(Pausa.)* No. Yo no he vivido aquí siempre. La reina bella me salvó y me trajo a su palacio. *(Pausa.)* No la llames así. Ella no ha hecho nada malo. Ella sufre por todos nosotros. No es verdad. Ella no es amiga de Ciro. ¿Quién es Ciro? No, ella no es amiga de Ciro. No está en Persia. *(Pausa.)* Porque lo sé. *(Pausa.)* No estoy sola. *(Pausa.)* Con mi hermana. Mi hermana mayor. ¿A Poniente? *(Silencio. Alitza escucha. Luego, sólo mira. Toma un puñado de tierra y lo hecha sobre el cadáver. Luego otro, y otro más.)* Esto es para que tu sangre no grite. La sangre de los muertos grita cuando se la bebe la tierra. La voz de la sangre clama a Dios desde la tierra. Eso pasó cuando el hijo del primer hombre mató a su hermano y su sangre se derramó sobre la tierra. Por eso hay que enterrar a los muertos. Me lo dijo Laila. Mi amiga. No la han matado. Era muy vieja y murió hace tiempo. Así no tuvo que ver esta tristeza. Espero que tu sangre pueda descansar y que no grite. No puedo hacer más. Tengo que irme.

(Vuelve a mirar a la reina.)

Me dijo que tenemos que irnos a Poniente. Que había que correr. Que si nos cogen nos cortarían las manos. A todos. Nos matarán y nos cortarían las manos. Me dijo que eran demasiados. Que el suelo se llenó de soldados persas, que no había ningún lugar en el que no estuvieran ellos. Que era como una plaga de langosta. Que no se puede ni ver el aire. Nos van a matar y nos van a cortar las manos. Tenemos que correr antes de que lleguen.

LA REINA - Ya han llegado.

ALITZA - ¿Qué?

LA REINA - Los persas ya han pasado por aquí. Ese muchacho no se daba cuenta. Ayer pasaron por aquí.

ALITZA – No puede ser. Nosotras estamos vivas.

LA REINA - No nos han visto. Lo único que podemos hacer es seguir hacia Poniente y escondernos de ellos.

ALITZA - Nos verán. Nos verán y nos matarán y nos cortarán las manos.

LA REINA - ¡Basta! No nos verán. Caminaremos de noche y nos esconderemos cuando salga el sol.

ALITZA - Entonces no sabremos donde está poniente. No podremos ver nuestras sombras.

LA REINA - Nos lo dirá el río. Mete la mano en el agua. El sitio de donde viene el agua es Poniente. Tú lo deberías saber.

ALITZA - ¿Yo?

LA REINA - Tú naciste allí.

Escena 7. Alitza, sola. Entra la reina, casi llorando.

ALITZA - ¿Ya?

LA REINA - No. Me duele mucho.

ALITZA - A ver. Tiene el vientre muy duro. ¿Cuánto hace que no se alivia, majestad?

LA REINA - No lo sé. Cuatro días.

ALITZA - Eso es lo que le hace daño.

LA REINA - Pero es que no hay donde.

ALITZA - Tiene todo el sitio que quiera. Tiene que hacerlo. Si no lo hace, se muere. Acérquese al río. Mójese.

(La reina sale de nuevo hacia la orilla del río.)

LA REINA *(off)*- Ay

ALITZA - Qué pasa.

LA REINA *(off)*- No sale.

ALITZA - Espere. Voy.

Escena 8. Alitza peina y lava a la reina.

ALITZA - A veces les pasaba a las esclavas de su majestad. A mí también me pasó una vez. Laila decía que es por culpa del sésamo. Del aceite de sésamo. Laila decía que en nuestro pueblo se usaba otro aceite diferente. El aceite de los olivos, que es como el sol metido en el agua. También me contó una historia de una paloma que llevaba una rama de olivo, pero no me acuerdo. No me acuerdo bien. Había más animales. Era un cuento que me contaba cuando llovía y salía el arcoíris. “Viendo que era grande la maldad del hombre sobre la tierra y que su corazón era perverso, se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra. Hizo que lloviera hasta que se ahogaran todos.” El arcoíris es la señal de Dios para decirnos que nunca más hará caer una lluvia que mate a todos los hombres y a todos los animales. Por eso, ahora llueve poco. De esa lluvia sólo se salvó un hombre con sus tres hijos. Y su mujer, y las mujeres de sus tres hijos, claro. Y había algo de una paloma y un olivo, pero no me acuerdo. Dios puso el arco ahí para acordarse de su promesa.

LA REINA - Así que tu dios tiene problemas con su memoria.

ALITZA - Puede que la historia no sea así. Laila no sabía hablar bien. No la entendía. Era buena conmigo.

Cuando recuerda a Laila, Alitza coge la llave que lleva colgada del cuello y la besa.

LA REINA - ¿Es un amuleto?

ALITZA - No. Es la llave de mi casa. De nuestra casa, si su majestad quiere vivir conmigo allí. Es una casa pequeña, con un patio, y en el patio hay un pozo con agua buena.

LA REINA - ¿Recuerdas tu casa?

ALITZA - No. No recuerdo nada de mi pueblo. No recuerdo nada. Me gustaría recordar cómo era la cara de mis padres. Y de mi abuela. Creo que tenía una abuela. No es mi casa de verdad. Es la casa de Laila. Ella tenía la llave y decía que un día volvería a su casa y abriría con su llave y estarían allí sus cosas, con mucho polvo, porque hace muchos años que cerró la puerta. Y cuando se estaba muriendo me dio la llave y me dijo que su casa es ahora mi casa, que cuide sus cosas. Murió de vieja y dijo ahora vuelvo a casa.

LA REINA - Laila.

ALITZA - Era la esclava vieja que me cuidaba.

LA REINA - Es un nombre extraño.

ALITZA - Laila. Quiere decir noche.

LA REINA - ¿Y el tuyo?

ALITZA - Mi nombre quiere decir alegría. Todos los nombres significan algo. El nombre de mi pueblo significa “los que vienen del otro lado del río”. Porque llegaron siguiendo el río, hace mucho tiempo. Era este mismo río.

LA REINA - Cuentas bien las historias.

ALITZA - No. No se quedan dentro de mí. Sólo hay una que sé repetir bien.

LA REINA - Cuéntala.

ALITZA - “La reina Amyitis, la más bella, fue reina y mujer con su primera sangre. Después de la boda, el rey y la reina quisieron conocer todo su reino y siguieron el camino del sol.” ¿era este camino?

LA REINA - No lo recuerdo. No lo vi.

ALITZA - ¿No lo vio?

LA REINA - Iba tumbada. Me llevaban en una cama. Unas telas me protegían del sol. No veía nada. No vi nada en los tres primeros días. El cuarto día intenté caminar.

ALITZA - ¿No podía caminar?

LA REINA - No. Durante el día viajábamos. Por la noche, el rey entraba en mi cama.

ALITZA - Ah.

LA REINA - ¿Sabes lo que quiero decir?

ALITZA - Sí.

LA REINA - ¿Tú...?

ALITZA - Sí. Ya hace tiempo. Me dolió mucho.

LA REINA - Quién.

ALITZA - Un soldado. Luego otros. Me hacían daño.

LA REINA - Los castigaré. Cuando volvamos, los castigaré.

ALITZA - ¿Por qué?

LA REINA - ¿Por qué?

ALITZA - Eso es así.

(La reina va a contestar. Pero calla. Silencio.)

ALITZA – Debería comer algo. He conseguido un plato.

Alitza prepara la comida. La reina come. Alitza se pone de espaldas y come lo que ha sobrado..

ALITZA - Voy a lavar el plato y recoger todo. Tenemos que darnos prisa. Si su majestad me ayuda...

LA REINA - ¿Qué?

ALITZA - Nada.

Escena 9. Alitza y la reina, de pie. Ante ellas, un cadáver. No es un soldado.

ALITZA - Hay que darle tierra.

LA REINA – ¿Qué?

ALITZA - Hay que darle tierra, para que descanse. “La voz de la sangre clama a Dios desde la tierra.” Eso pasó cuando el hijo del primer hombre mató a su hermano y su sangre se derramó y la tierra bebió su sangre y su cuerpo quedó al sol. Por eso hay que enterrar a los muertos. Para que descanse la voz de la sangre derramada.

Alitza se pone a la faena. Mueve arena con sus manos. Luego coge el plato y va más deprisa. La reina está petrificada.

ALITZA - No puedo sola.

La reina no se mueve.

ALITZA - ¡Vamos!

La reina se acerca como sonámbula, sus manos cogen la pierna del cadáver como si no fueran sus manos. Alitza usa el plato para echarle tierra encima. La reina se arrodilla. Mete la cabeza entre las piernas, llora. Alitza la acaricia. Se va calmando.

ALITZA – Tú no los has matado. Los ha matado ese Ciro. Tú no los has matado.

La reina coge el plato y termina el trabajo de Alitza.

(Silencio.)

ALITZA - No era un soldado.

LA REINA - No. Era un sacerdote. Estamos cerca del santuario de Borsipa. Es un santuario de sacerdotes de Nabú, un dios de Akkad. Los sacerdotes de Nabú me respetaban. Me llamaban la segunda reina. En la historia de Babilonia ha habido dos reinas. La primera fue Shamuramat, Semiramis, que todos conocieron por su fiereza, como la hija del aire. De eso hace mucho tiempo. A mí no me recordará nadie. Yo construí el puente que une las dos partes de Babilonia. Yo he hecho construir jardines tan bellos como nunca antes se habían visto. Pero he sido vencida. Los que me llamaban reina ahora están muertos o son esclavos. Los vencidos no tienen lugar en la memoria de nadie.

ALITZA - La desgracia nunca es culpa.

LA REINA - Sí. Pero siempre es desgracia. ¿Recuerdas la primera noche, cuando salimos del palacio?

ALITZA - Eso no se puede olvidar.

LA REINA - Hablaste del sabio Daniel.

ALITZA - Las esclavas decían que el sabio Daniel había avisado que vendría una gran destrucción; y esa noche murió el rey.

LA REINA - El sabio Daniel nos dijo lo que iba a suceder y no supimos remediarlo. Fue durante la cena. El rey dio un gran banquete a mil de sus magnates y se puso a beber vino en presencia de todos ellos. Mandó traer vasos de oro y de plata que su padre Nabuco había sacado del templo de Jerusalén, para que bebieran en ellos sus magnates, sus mujeres y sus concubinas. Bebimos vino y alabamos a nuestros dioses de oro, de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra. Entonces, aparecieron los dedos de una mano humana que escribían delante del candelabro, sobre el yeso de la pared. El rey veía la mano que escribía. Se le mudó el color del rostro, sus pensamientos le aterraron. El rey mandó que vinieran los adivinos, los caldeos y los astrólogos.

ALITZA - ¿Los caldeos?

LA REINA - Todo el mundo sabe que los caldeos saben leer las estrellas.

ALITZA - No lo sabía. (Silencio.) ¿Y qué pasó?

LA REINA - Acudieron todos los sabios del rey, pero no pudieron leer la escritura ni dar al rey la interpretación. Entonces el rey se horrorizó. Estaba de pie. En su mirada sólo había miedo y parecía que no tuviese sangre en el cuerpo.

Tenía que ayudar a mi rey. Fue la primera vez que di una orden. Esto fue lo que dije: “¡Viva el rey eternamente! Hay en tu reino un hombre que posee el espíritu de la adivinación divina y ya en tiempo de tu padre se halló en él una luz y una sabiduría semejantes a las de los dioses. Por eso el rey Nabuco, tu padre, lo nombró jefe de los magos, de los adivinos, de los caldeos y de los astrólogos. Que se llame ahora a Daniel y él dará la interpretación.

Fue entonces llevado Daniel a la presencia del rey y el rey le dijo a Daniel «¿Eres tú Daniel, de los deportados de Judá, que el rey, mi padre, trajo de Judea? Si eres capaz de leer la escritura y darme su interpretación, serás vestido de púrpura, llevarás un collar de oro al cuello y serás el tercero en el gobierno del reino».

Daniel dijo al rey: "Te has alzado contra el Señor del cielo; has hecho que trajeran los vasos de su casa, y habéis bebido vino en ellos tú y tus magnates, tus mujeres y tus concubinas; has venerado a los dioses de plata y de oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que no ven, ni oyen, ni entienden, y no has glorificado al Dios que tiene en su mano tu aliento y todos tus caminos. Por eso ha enviado Él esa mano y se ha trazado esa escritura. He aquí la escritura trazada: *Mené, Téquel, Perés*. *Mené*, Dios ha medido tu reino y le ha puesto fin. *Téquel*, has sido pesado en la balanza y hallado falto de peso. *Perés*, tu reino ha sido dividido y dado a los medos y a los persas.

Aquella misma noche fue asesinado el rey. Y cayó sobre mí esta maldición: lo que yo decida será la muerte de muchos. Su sangre bañará mis sueños. Sus ojos mirarán mis sueños. Siempre.

Escena 10. *Alitza llega de lejos. Muy cansada.*

LA REINA - ¿No traes nada?

ALITZA - Esto. (Le ofrece un trozo de pan. La reina come. Alitza se vuelve y prepara algo con lo que ha traído, apenas algunas verduras y frutas, que pela y corta mientras habla.) Hay una aldea vacía aquí al lado. Lo que traigo lo he cogido allí. En el campamento no he podido coger nada.

LA REINA - ¿Por qué has tardado tanto?

ALITZA - He tenido que seguir la costumbre. Aquel sitio está lleno de heridos. No quería llamar la atención.

LA REINA - ¿Qué costumbre? ¿De qué estás hablando? Has estado fuera todo el día y toda la noche.

ALITZA - Se me hizo de noche allí. Si me hubiera marchado cuando era de noche alguien habría sospechado. Están rodeados por los soldados persas, pero no les hacen nada. De vez en cuando pegan a alguien, pero es si roban comida. Llevan allí cinco días. Cuando lleven cinco más les dirán si pueden volver a sus casas, en Babilonia o en las aldeas. Es como un pueblo, pero un pueblo que se mueve. Así que dormí allí, en el campamento. Pasé el día hablando con la gente. Oyendo lo que decían.

LA REINA - ¿No te preguntaron nada?

ALITZA - Nadie pregunta. Es un lugar nuevo. ¿Para qué vas a preguntar si te pueden decir mentiras? Allí nadie sabe quién es el vecino. Algunos sí. Algunos vienen de una misma aldea, o de una misma familia. Pero muchos no conocen a nadie y nadie los conoce. Lo peor son los niños. Hay muchos niños que están solos. No tienen a nadie que les ayude. Ni a nadie que les defienda. Se mueren. O los mata cualquiera, sin que nadie haga nada. Los soldados dicen que no están para eso. Un soldado dijo que era más fácil matarlos a todos y otro le dijo que sí. Pero siguieron vigilando. El soldado dijo que eran demasiados para matarlos y el otro dijo que se podía hacer. Es casi una ciudad. Es mucha gente. No te preguntan porque no quieren saber, porque si te mueres de hambre no pueden ayudarte. No van a ayudarte. Pero con los enfermos y los heridos se sigue la costumbre de Babilonia. Están en la calle y cuando pasas a su lado tienes que preguntarles qué les pasa. Y si te ha pasado lo mismo les explicas cómo te curaste. Yo no lo sabía. Se lo dije a una muchacha, que yo no lo sabía. Me preguntó por qué no sabía eso. Le dije que era una criada del palacio y que allí sí había médicos. Era una muchacha como yo. Daba de mamar a su hijo. Pero no tenía leche. El niño estaba dormido. No tenía fuerzas para llorar. Ella me dijo que no contase que era del palacio. Que me matarían.

LA REINA - Podemos ir con ellos. Encontrar a gente de Babilonia, a los magnates de Babilonia. Tal vez haya alguno de los generales, mezclados con la gente. O algunos sacerdotes. Podemos intentar algo. Saber cómo están las cosas. Procurando que los soldados no se enteren.

ALITZA - No encontraremos ayuda. Nadie nos ayudará si dices quién eres. Puedes decir que eres la mujer de un soldado.

LA REINA - Soy la reina.

ALITZA - Ellos no te llaman así. Antes de que nos encontremos con ellos tienes que aprender algo. Te llaman la perra. Otros te llaman la perra extranjera. Dicen que has matado a sus hijos. Que sus hijos han muerto por tu culpa. Dicen que comías carne de personas, que te acostabas con todos los hombres y todas las mujeres del palacio. Incluso con caballos y monos. Dicen que no eras una persona, que no eras como las personas, que eras una especie de demonio. A los niños les enseñan a decir tu nombre y a escupir. Salen con los niños fuera del campamento, cuelgan un muñeco hecho con paja y con ropa vieja y dicen que eres tú. Y los niños insultan al muñeco y le tiran piedras. Luego les dicen a los niños que no tengan miedo, porque tú ya estás muerta. Y entonces descuelgan el muñeco, lo queman y lo pisotean.

LA REINA - Se refieren a mí. Esas palabras en las paredes.

ALITZA - ¿Qué palabras?

LA REINA - Me has preguntado qué significaba lo que había escrito en las paredes. Lo que hemos encontrado en las paredes en el último pueblo. En las únicas paredes que quedaban en pie de aquella aldea de tierra quemada. Me has preguntado lo que había escrito en las piedras, en los árboles, desde que salimos de Babilonia. Siempre era lo mismo. Cuatro palabras. Matad a la perra.

(Silencio.)

ALITZA - Tienes que aprender a decirlo. La perra. Amyitis la perra.

LA REINA - La perra.

ALITZA - Así no. Hay que gritar.

LA REINA - La perra.

ALITZA - Más. Con odio.

LA REINA - ¡La perra!

ALITZA - No llores. No tengas miedo. Ellos no te conocen. La verdad es que ahora no te conocerían ni las criadas que te lavaban.

LA REINA - Yo nunca he hecho nada contra ellos.

ALITZA - Has hecho la guerra.

LA REINA - Era una guerra justa. Era una guerra inevitable.

ALITZA - En el pueblo donde he robado este pan hay perros que se comen a los muertos que no ha recogido nadie. Es difícil ver eso y pensar que es lo mejor que se podía hacer. Puede que sea verdad. Puede que haya algo peor que estar muerto en medio de la calle. Pero es difícil pensarlo. Antes tampoco te querían.

LA REINA -¿Antes?

ALITZA - Antes de la guerra. Te llamaban la intrusa.

LA REINA - ¿Quién?

ALITZA - Todo el mundo. En el palacio. ¿Por qué te llamaban la intrusa?

(Se diría que este insulto le duele más, que es un dolor más antiguo, más hondo)

LA REINA - Llegué para casarme, a los 12 años. Tuve que esperar en una casa apartada. No me dejaron ver al príncipe hasta que tuve mi primera sangre. Ese día me llevaron a Palacio y me casaron. Cuando murió él, me dijeron que tenía que salir a saludar al pueblo como reina. Salí. Hubo un silencio. Alguien gritó intrusa. Uno de los arqueros lo mató. Vi la flecha traspasando la garganta que me había llamado intrusa. Pero no hay flechas suficientes para conseguir el silencio sobre eso.

ALITZA - Ya está. La comida.

La reina come. Cuando termina, toma su plato y sale. Vuelve con el plato limpio. Dispone la comida y se lo ofrece a Alitza. Alitza se da la vuelta.

LA REINA - No. Mírame.

(ALITZA come. Cuando termina, ofrece el pañuelo a la reina.)

ALITZA - Babilonia.

(La reina le venda los ojos y vuelve a su relato.)

LA REINA - En el centro del Santuario del dios Marduk hay una torre que es dos veces más alta que los muros de Babilonia, y sobre esa torre hay otra y otra más sobre esa torre. Son ocho torres que llegan al cielo porque son las torres de Bel Marduk, el dios de Babilonia. Se puede subir, si se tienen fuerzas. En la última torre hay un gran templo y en él hay un gran lecho, bellamente tapizado, y a su lado hay una mesa de oro. No hay estatuas. No hay nada más. Por la noche, nadie puede quedarse allí, sólo una mujer que sea elegida por los sacerdotes. Y es el mismo dios Bel-Marduk el que visita el templo y duerme en esa cama. El Santuario de Babilonia tiene otro templo abajo, en el que hay una gran estatua de oro de Marduk, que está sentado y tiene en una mano su círculo mágico y en la otra mano el bastón. Fuera del templo hay un altar de piedra para los sacrificios de las reses adultas y otro altar de oro para los lechales. Y hay otro altar donde, en la fiesta del dios Marduk, los sacerdotes queman mil talentos de incienso. Desde lo alto de la torre se pueden tocar las estrellas.

ALITZA – Ese es el lugar donde estaban guardados los vasos del templo de la paz, del templo de mi tierra. Los vasos que dijo Daniel. El rey robó los vasos del templo de la paz y los llevó a Babilonia. Fue el castigo.

LA REINA - ¿El castigo?

ALITZA - La ciudad de la paz

LA REINA - Así la llamaban.

ALITZA - La mujer vieja me contó que Dios la había destruido para castigar nuestros pecados.

LA REINA - Se podría pensar así. Fue el castigo al rey de Judea, por su estupidez. Tal vez tu dios escogió al rey de Babilonia para ese castigo.

ALITZA - Laila me dijo que había una profecía. Que Dios castigaba al pueblo pecador con setenta años de humillación. Mi pueblo es esclavo porque Dios nos castigó.

LA REINA - No. Tu pueblo es esclavo porque eligió un mal sitio para vivir. Un sitio equivocado. Tu pueblo eligió vivir en un pasillo entre el mar y un barranco. Eligió mal. Eligió el sitio que separa a los míos de sus enemigos.

ALITZA - Los enemigos vienen del otro lado.

LA REINA - Esos son otros enemigos.

ALITZA - No se puede vivir con enemigos por todas partes.

LA REINA - Así es como vive todo el mundo. Será mejor dormir. Mañana nos acercaremos al poblado.

Escena 11. La reina despierta. Alitza la está mirando.

LA REINA - Tenemos que prepararnos. Me he dormido.

ALITZA - Ya está todo preparado. No hay mucho que preparar.

LA REINA - Es verdad.

La reina se pone en pie y echa a andar. Se da cuenta de que Alitza no la sigue.

LA REINA - Alitza. Vamos.

ALITZA - Adiós, Señora.

LA REINA - ¿Adiós?

ALITZA - Es mejor que nos despedamos ahora. Cuando nos juntemos con los demás todo pasará muy deprisa. Puede que no me dé tiempo de decirle adiós.

LA REINA - No entiendo por qué nos vamos a despedir. Seguiremos juntas.

ALITZA - No. Cada una irá por su lado. Puede que la maten, pero si no la matan volverá a tener una vida buena. Si no la matan cuando llegue, si no la matan en la primera hora, si no la matan en la primera tarde, si no la matan en seguida, si no la matan en los primeros días, llegarán los suyos para protegerla.

LA REINA - ¿Los míos?

ALITZA - Los distintos. Los que deciden las cosas. Los que no comen con las manos. No somos iguales. Hemos pasado la misma hambre; le he curado las heridas de los pies; me ha abrazado cuando he tenido pesadillas; le he metido la mano por el culo para sacarle una piedra de mierda; hemos llorado de miedo, nos hemos meado, una noche, por no poder gritar, nos hemos meado porque creíamos que venían a matarnos. Nos hemos meado de miedo, nos ha faltado el aire y la luz de los ojos por el miedo. (*Silencio.*) No somos iguales. Yo soy de los que mueren en medio de la calle. De los que se quedan en medio de la calle hasta que se los comen los perros y las ratas y las moscas y los gusanos, y nadie se acuerda de su nombre. La reina Amyitis puede no volver a ser reina, porque esta tierra ahora es de los persas; pero si no la matan en la primera hora, cuando nos juntemos con los demás; si vive lo suficiente, los suyos la llevarán a un lugar donde podrá lavarse y comer y dormir sin miedo. Contará lo que ha sufrido y eso hará que la respeten. Si no la matan en la primera hora, vivirá. Y cuando le llegue la muerte será una muerte tranquila que se parecerá al sueño de todas las noches, y la gente recordará su nombre. Y la honrarán. Para entonces ya será como si yo nunca hubiera vivido en esta tierra.

LA REINA - Eso no va a ser así. No quiero que te vayas. No quiero que nos separemos. Seguiremos solas. Seguiré contigo. No es verdad lo que dices. Nadie me va a ayudar. Soy la perra. Sólo te tengo a ti. Me habías prometido que me llevarías a tu casa.

ESCENA 12. *Alitza está feliz, excitada, muy nerviosa. La Reina no consigue disimular su disgusto.*

ALITZA - Seguí al mensajero todo el día. Escuché lo que decía hasta que lo aprendí de memoria. Es un decreto. Significa que todos tienen que hacer lo que dice, sin discutir: (tratando de repetir lo que ha oído con exactitud) “Así habla Ciro. Así habla Ciro, Rey de Persia. El Dios del Cielo me ha dado todos los reinos de la tierra. El dios del Cielo... (Duda.) ...De la tierra y me ha mandado que edifique el templo de Jerusalem de Judá” (Feliz.) La ciudad de la Paz. La ciudad que está al lado de mi aldea. Va a edificar el Templo.

LA REINA - ¿Y qué más va a hacer?

ALITZA - Sí. (*Piensa. Trata de tomar el hilo de lo que ha intentado aprender de memoria.*) Sí. Hay más. “De Jerusalem de Judá. De Jerusalem... Quien de vosotros pertenezca a su pueblo...” Yo. Nosotras... “Quien... que su dios sea con él. Suba pues... Suba. Suba pues a Jerusalem. Suba para volver a edificar el Templo”.

LA REINA - ¿No lo iba a hacer él?

ALITZA - Ha pasado algo con el sabio Daniel y unos leones. Ciro el Grande ha dicho que la gente de mi pueblo puede volver a su casa. Son muchos. Yo creía que estaba sola pero son muchos.

LA REINA - ¿Ya le llamas Ciro el Grande?

ALITZA - Podemos ir allí. Lo dice el Decreto. Eso quiere decir que no va a perseguirnos. Nos deja volver a casa. Ya no nos va a pasar nada.

LA REINA - Hay que reconocer que es un hombre sabio. Merece ser el emperador. Más que yo, por supuesto. Más que cualquiera de mis generales. Ha conseguido el mejor de los ejércitos. Un ejército de esclavos. Desesperados, hambrientos, llenos de odio, sin miedo a morir. Un ejército de miserables, de muertos en vida. Y no le cuesta nada. Sólo ha tenido que decir “Allí seréis libres”. Y saldrán corriendo hacia ese lugar que muchos ni siquiera conocen, porque su familia salió de allí hace cincuenta años. Porque hace cincuenta años que dijimos que habíamos ganado aquella guerra, aunque nunca se haya terminado, aunque los soldados han tenido que seguir vigilando y matando y muriendo cada noche de cada día en estos cincuenta años. Pero sí. Van a una tierra que ya no es suya; y serán los que viven allí desde hace cincuenta años los que los maten, no Ciro el Grande. Es muy sabio, Ciro. Muy sabio. Llegarán para invadirlo todo, hambrientos y llenos de enfermedades, como ratas; y los que viven allí los matarán y serán entonces sus nuevos enemigos. Ciro no tendrá que cansar a sus soldados. Cuando os hayáis hartado de mataros a dentelladas, entrará en Judá y matará a los que queden. Es grande.

ALITZA - No. No es así.

LA REINA - Sí, sí es así. Pero hay algo peor.

ALITZA - ¿Qué?

LA REINA - Que no tenemos otra salida. Vamos.

Escena 13. *Alitza, nerviosa, alegre, trata de arreglar su pelo y su ropa. Su ropa son unos harapos.*

LA REINA – Pero, ¿qué es? ¿Qué hacen?

ALITZA - Nada. Bailan.

LA REINA – Bailan.

ALITZA - Están alegres.

LA REINA -¿Por qué?

ALITZA - Están vivos. Dicen que la guerra ha terminado y están vivos.

LA REINA – No han ganado. Son los vencidos. ¿De qué se alegran?

ALITZA - Dicen que ellos nunca ganan. Por eso hay que bailar. Antes de que las cosas vuelvan a ser como todos los días. Dicen que mañana dejarán de ser soldados y volverán a coger los azadones. Pero que está bien, que por lo menos están vivos. ¿Puedo ir?

LA REINA - ¿A dónde?

ALITZA - Con ellos. A bailar. Cuando terminen vuelvo.

LA REINA - Ve. Pero ten cuidado. Espera.

Tal vez se quite alguna prenda de su ropa y la cambie por la de la muchacha, ya que la de Alitza son puros andrajos. Pone en su pelo una de sus joyas.

ALITZA - No. Se me puede perder.

LA REINA - Es tuya. La puedes perder o la puedes lucir en ese baile. O, si quieres, la cambias por otra cosa. Por esta perla te darán comida y ropa. Y podrás invitar a tus amigos.

ALITZA - Podemos ir las dos.

LA REINA - No. Yo soy viuda. Ve tú. Baila todo lo que puedas.

Alitza sale. La Reina es ahora una mujer sola. Tal vez intenta bailar. Tal vez ríe, o llora.

Escena 14. *La reina lava a Alitza. La cubre con parte de sus ropas. Alitza llora en silencio. Le duele.*

ALITZA - Eran dos. Reían y se empujaban. Eran casi niños.

LA REINA - Qué pasó.

ALITZA - Fui con ellos. Bailamos. Cuando ya estaba cansada, dije que quería volver. Dijeron que me acompañaban un trecho. Para que no me pasara nada. Me dijeron que les siguiese, que me podían dar más comida, mejor que la que tenían allí. Me llevaron a una tienda. Me pegaron en la cabeza. Me preguntaron donde tenía más perlas como esa. Les dije que no tenía más. Me pegaron más fuerte. Me desnudaron y me siguieron pegando. Luego se pusieron encima de mí. Primero uno y luego el otro. Me hacían daño. Uno me dio más fuerte. Cuando me desperté, estaba desnuda. Me dolía aquí abajo. Me habían buscado por todas partes. Me habían metido sus manos por todas partes, para ver si tenía algo más. Se habían ido. Pensarían que estaba muerta. Uno de ellos volvió. Uno de ellos me pidió perdón. Me dijo que no eran así. Que antes no eran así.

Escena 15. *Alitza come higos. Los huele y luego los come, a ratos muy despacio, a ratos casi con ansia. Es la felicidad: una hora de calma después de tanta muerte; y el sabor dulce de la memoria recobrada.*

ALITZA - Ese viejo me ha dicho que él habla la lengua de mi madre porque llevaba sus cabras a mi tierra. Dice que mi tierra está por allí. Que caminando con cabras se llega en doce días. Cuando se camina con cabras se va muy despacio. Nosotras podríamos llegar en cinco. Me ha dado esto. Es el fruto de la higuera. Es un fruto que había en nuestro pueblo. Huele. Este olor me ha traído la memoria. Y el sabor. He visto la cara de mi madre. ¿Quieres?

(La reina acepta. Comen.)

ALITZA - ¿Tú recuerdas cómo era mi pueblo?

LA REINA - No. Recuerdo sol y polvo. Recuerdo que no había ríos. Que pasamos mucho tiempo sin ver un río. Recuerdo que la gente sacaba el agua de pozos.

ALITZA - Hay pueblos en los que el agua cae del cielo. Muy lejos. Me lo dijo un esclavo del Palacio.

LA REINA - Yo también lo he oído.

ALITZA - El viejo me ha dicho que no vaya allí. Que ahora ya no vive allí mi gente. Que ahora los que viven allí son los peores. Los llaman así porque no los querían en Babilonia y los mandaron a vivir allí. Son babilonios. Los peores de los babilonios. Los más pobres y los más malos. Les llaman los samaritanos.

LA REINA - No es verdad. Son de Judea.

ALITZA - ¿Cómo lo sabes?

LA REINA - Lo sé todo sobre mi reino. No estamos tan lejos como dice el pastor. Podemos llegar en dos días. Recuerdo este lugar. ¿Qué más te ha recordado esta fruta?

ALITZA - He visto la cara de mi madre. Ya es bastante, para una fruta.

Escena 16.

Frente a ellas, pedazos de cuerpos de soldados.

Horrorizadas, reúnen los pedazos de esos cuerpos carbonizados. Llorando, alucinadas, Una sale corriendo, la otra la alcanza. Vuelven a la faena. Tratan de quitarse de encima las moscas que las muerden con rabia. Usan el plato como pala. Mientras lo hacen, lloran, gritan. Oscuro.

Luz. La reina despierta gritando. Grita horrorizada. Tarda en calmarse. Ha despertado de una pesadilla de pánico. Mira a Alitza, que está sentada, abrazada a sus rodillas, mirando nada.

LA REINA - Te he despertado.

ALITZA - Estaba despierta. No me he dormido. Creo que no dormiré nunca más. (Silencio.) Fueron los nuestros. Cogieron a los soldados y los descuartizaron, y dejaron colgados los trozos en un árbol. Lo han hecho en otros sitios. Por eso lo sé. Porque lo cuentan como si hablasen de perros o de corderos.

Silencio. El silencio alucinado de las noches de pesadillas. El silencio del mundo cuando no te atreves a cerrar los ojos. Las dos hablan como si estuvieran en un sueño, entre la alucinación y la calma de los muertos.

LA REINA - Habrá personas con más suerte. Habrá personas que no tendrán que enterrar nunca un cuerpo hecho pedazos. Que no tendrán que buscar los brazos y las piernas y la cabeza y juntarlos para ver si todavía falta algo. Habrá personas que vivirán en paz toda su vida y que no podrán imaginar que esto le pueda pasar a nadie. Que no podrán imaginar que esto les pueda pasar a ellos. A ellas. Yo podría haber vivido y haberme muerto sin llegar a imaginar que esto era así. Que esto podía ser así.

ALITZA - He pensado que no duermo porque ya estamos dormidas. He pensado que no duermo porque me mataron el primer día de la guerra. Nos mataron en el palacio y estamos soñando el sueño de la muerte. Por eso ya no me quema el sol ni me duelen los arañazos. Y que esto será así para siempre.

LA REINA - Calla. Está amaneciendo.

ALITZA - Todavía huelo su carne quemada. Es extraño. Un olor puede traerte los recuerdos que estaban dormidos. Los recuerdos muertos. Los recuerdos que enterró tu corazón. El olor de la carne de estos soldados ha despertado mis ojos: he visto a mi madre quemada. He visto a mi padre entre tus soldados. He visto a mi padre cayendo al suelo como un saco de trigo. Era como si tardase en caer, como si el suelo fuera blando. He visto mis manos sujetando la cabeza de mi abuela, el pelo blanco de mi abuela, rojo de sangre. He oído la carne quemada de los míos. He oído mi carne quemada y he oído mis gritos y mi llanto. He visto a tus soldados que me recogían, que me agarraban por mis brazos quemados, que me hacían daño al cogerme. No estabas allí.

LA REINA - No.

ALITZA - Fue así. Tus soldados buscaban algo. Buscaban enemigos. Quemaron el pueblo. Mataron a todo el mundo. Y no pasó nada. Se quedaron allí. A mí me llevaron pero esa carne quemada se quedó allí. La carne de mi madre. La carne de mi abuela. Y Dios no quiso oler la carne quemada de mi pueblo.

Silencio. De repente, Alitza se abalanza sobre la reina, la golpea, la muerde, la reina apenas se puede defender. Finalmente, agotada, se aleja de ella. Se sienta en el suelo. Recupera el aliento, entre lágrimas. La reina sigue hecha un ovillo, en el suelo, con la cara entre los brazos. Su espalda se arquea con los sollozos mudos. Alitza mira a la Reina. Se acerca de nuevo a ella y la reina se encoje con miedo. Alitza acaricia a la reina. Esta se va abriendo. Se abrazan en silencio. Aún sacuden los sollozos la espalda de la Reina.

Silencio. Por fin, Alitza se pone en pie.

ALITZA - Vamos.

Escena final.

Llegaron a Judea. De la aldea quedan los cimientos de las casas, la fuente, una higuera. Todo fue arrasado. Desolación de Amyitis.

LA REINA - Es esto.

Alitza corre de un lado para otro. Al principio con mucha excitación, luego menos, termina caminando.

ALITZA - No hay ninguna puerta para esta llave. Ni ninguna casa. Tus soldados fueron buenos soldados. No dejaron piedra sobre piedra. ¿Lo sabías?

LA REINA - No lo recordaba.

ALITZA - ¿Se dice así, verdad? “No dejéis piedra sobre piedra”. Era el castigo que merecíamos.

LA REINA - No digas eso. No es así. No era así. Los soldados no actuaban como castigo. Se decía así, “acción de castigo” pero era mentira. Era un modo de avisar. Un modo de dejar claro que nadie debía moverse. Que la guerra había acabado y no había más futuro que nuestra paz. Otros ejércitos son peores. Uno cortó las manos a todos sus enemigos. Otro les arrancó los ojos. Siempre hay algo peor que lo que imaginas.

ALITZA - Laila decía que era lo que merecíamos. Laila conoció el tiempo de antes del Rey Nabuco. Antes, Judá era un reino. Luego llegó Nabuco y todo fue suyo, y toda la tierra y los animales y las personas fueron de Nabuco y se llamaron Babilonia. Pero las cosas siguieron siendo igual. Antes eran reyes nuestros, pero los que no teníamos nada sólo podíamos sufrir la voluntad de los impíos. “Los impíos obran el mal, abusan... abusan de los pobres, corrompen a los jueces, y Dios no los castiga; antes bien, parecen favorecidos por el cielo.”

LA REINA - ¿Y quiénes eran esos impíos?

ALITZA - Los malos. Las malas personas. Las malas personas hacen lo que quieren y no pasa nada. Y los pobres sufren y pasan hambre. Da igual como se llame tu rey. Eso decía la vieja.

LA REINA - Debería haberla nombrado consejera.

ALITZA - Deberías haberlo hecho.

LA REINA - Pero en esto no tenía razón. Uno no paga sus culpas con una guerra. Las guerras son otra cosa. Nadie se come lo que no le alimenta.

ALITZA - Es rara, la justicia de Dios. Hace unos días, pensé en que Dios me había buscado para castigarte.

LA REINA - ¿Cómo me ibas a castigar?

ALITZA - Te iba a entregar. Estuve cerca del campamento de ellos. Pasé tiempo, sentada, mientras tú dormías. Desde que el sol estaba en lo alto hasta que se escondió. Desde la loma podía ver a lo lejos el campamento. Si entregaba a la perra, la carne de los míos descansaría.

LA REINA - No lo hiciste.

ALITZA - No lo hice. Pensé que la carne de los míos no era la única que gritaba. Luego pensé que toda la carne quemada era carne de los míos. Pensé que tú eres ahora la carne de los míos y que voy a parar esto. Ya sé que esto no va a parar porque yo no te entregue para que te maten. Ya sé eso. Pero esto es lo que yo puedo hacer.

LA REINA - Yo haré lo mismo. Tal vez el castigo sea este. Saber lo que he hecho.

ALITZA – No es un castigo tan malo. Estás viva.

LA REINA - Viva. En una tierra extraña donde no puedo decir mi nombre verdadero. En una tierra que no se parece nada a la mía. En una tierra donde no se puede ni siquiera soñar con los jardines que dejé. En una tierra de polvo seco y pozos de agua sucia. En medio de la nada. ¿No lo ves? Esto no es ni siquiera un cementerio. Es nada en medio de nada.

ALITZA -¿Por qué lloras? Es mi pueblo. Tendría que ser yo la que llorase.

LA REINA - No puedo más.

Silencio.

ALITZA - Échate aquí. Aquí se está bien. Descansa. Ya hemos llegado.

LA REINA - No hemos llegado. Esto no es nada. Es un pedregal. Nada.

ALITZA - No lo miras bien. Es mi pueblo. (Venda sus ojos y se lo describe.) En esa ladera hay varios olivos, y algunas plantas viejas que viven pegadas al suelo, las plantas de las uvas. Perdóname, no sé su nombre. Son flacas y retorcidas como brazos de mujeres viejas. Pero sus uvas son dulces, de un color oscuro, son como besos de agua. Y ese árbol más grande se llama higuera. Es un árbol mágico, porque da frutos dos veces al año, y son dos frutos diferentes. Ahí enfrente está nuestra casa. No hay flores, pero el suelo es verde, porque he plantado lo que usaba para dar olor a las sábanas de la reina. Son plantas que conozco bien. Las he cogido en esa ladera. Son fuertes, como nosotras, y casi no necesitan nada para vivir. Como nosotras. Esa de un color más claro se llama romero, ¿ves sus flores de color azul? Esas redondas, más pequeñas, más oscuras, son tomillo. La otra se llama espliego. ¿Ves las abejas, a su alrededor? Sé dónde tienen el panal, y sé adormecerlas con humo. Tendremos miel. Y leche. ¿Ves ahí detrás, nuestro corral? Tenemos una cabra que nos dará el pastor. Esa es la puerta de nuestra casa. Ahí es donde nos sentamos, por las tardes, a ver cómo el sol se despide del día. Luego cerramos los ojos y notamos cómo llega el fresco y decimos que hay que entrar y preparar la cena. Ya hemos llegado. Ya no tenemos miedo porque estamos en casa. Es una casa pequeña, con un patio, y en el patio hay un pozo con agua buena. No es un palacio, no son los jardines más bellos del mundo. Pero es nuestra casa. ¿Lo ves?

LA REINA - Sí.

ALITZA - Pues ahora descansa. Mañana tenemos mucho trabajo. Tenemos que hacer una casa. Y después haremos otro jardín, como aquél por el que paseabas.

LA REINA - Mañana empezaremos. Haremos esa casa. Y haremos otro jardín.

FIN

Madrid, 6 de junio de 2010.